

Aparentemente es más verdadera y más alentadora la idea de que el progreso ha sido mucho más general que el retroceso; que el hombre ha surgido, aunque a través de pasos lentos e interrumpidos, de una condición más baja hasta el nivel más alto alcanzado por él en el conocimiento, la moral y la religión.

Charles Darwin, *El origen del hombre y la selección sexual* (1871)¹

I. El lugar del hombre en la naturaleza.

George John Romanes (1848-94) es un raro ejemplo de un victoriano cuya duda religiosa derivó directamente de los argumentos de la ciencia natural que se oponían a la evidencia del diseño de Dios en el mundo. Romanes también fue un lector profundo de los trabajos de Charles Darwin (1808-82). Posteriormente Darwin pasó sus notas sobre los instintos al joven que difundió las ideas de su mentor en libros sobre psicología comparada y teoría evolucionista. Romanes escribió: “Si podemos estimar la importancia de una idea por el cambio de pensamiento que ella produce, esta idea de [evolución por] selección natural es incuestionablemente la más importante que ha sido concebida por la mente humana”.² Aún teniendo en cuenta alguna exageración disculpable, esta es una afirmación fuerte.

La vigencia de tales afirmaciones se debilitó cuando disminuyó la confianza en el progreso y en la habilidad de encontrar la verdad. Más aún, desde la distancia en el tiempo respecto a Darwin, se encontró que mucho de lo que una vez hizo que su trabajo pareciera revolucionario, estaba inserto en su cultura intelectual. Las teorías sobre el desarrollo histórico del lenguaje habían explorado ya la evolución de la naturaleza humana, a la vez que la fisiología había fusionado la naturaleza y la naturaleza humana en una perspectiva naturalista. La cuestión no es que Darwin tuviera predecesores que sostenían exactamente las mismas ideas (no los tuvo), sino que varias áreas de pensamiento además de las propias contribuyeron al “darwinismo”, la perspectiva evolucionista científica a la que se unió su nombre. Es muy difícil mantener la creencia de que un hombre solo efectúe una revolución en el pensamiento. Por último, lo que los historiadores conocen entre ellos como la empresa darwiniana, un verdadero imperio de erudición histórica, ha detallado cada mínimo gesto de la mente de Darwin, pero tampoco de ese modo se pueden construir juicios como los que formuló Romanes.

No obstante, Darwin era un nombre de uso corriente a fines del siglo XX como lo era para los victorianos, y si cualquier nombre individual estaba unido a la creencia de que hay o podría haber una ciencia natural sobre la naturaleza humana, era el de él. La razón es sencilla. Darwin hizo plausible la creencia de que los seres humanos, como las plantas y los animales, se originan en la naturaleza física y de un modo acorde con las leyes causales. La evidencia de que los seres humanos han evolucionado desde la naturaleza física confirmaba la conclusión de que la naturaleza humana y la naturaleza física son entendibles en los mismos términos. Dicho de forma más simple, Darwin mostró que la ciencia natural abarca al hombre. La teoría evolucionista fue tanto una demostración empírica de la continuidad de la naturaleza y la

* Fuente: Smith, R. (1997). Human Evolution. En *The Norton History of the Human Sciences* (pp. 452-491). New York and London: W. W. Norton & Company. Traducción: Ana María Talak. Cátedra: Psicología I, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

¹ C. Darwin, *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex* (reimpreso Princeton: Princeton University Press, 1981). Vol. 1, p. 184.

² Citado en R. M. Young, *The Impact of Darwin on Conventional Thought*, en *Darwin's Metaphor: Nature's Place in Victorian Culture* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), p. 5.

naturaleza humana como una legitimación teórica de las ciencias humanas. La popular imagen de Darwin en conflicto con la religión –una imagen que requiere considerable reserva histórica– es al menos emblemática de la significación más amplia de la teoría de la evolución. Si, en palabras del Génesis, “Dios creó al hombre a *su* imagen”, en palabras de Darwin, “el hombre con todas sus nobles cualidades... con todos estos poderes elevados – el hombre aun carga en su marco corporal la estampa indeleble de su modesto origen”.³ Estas palabras contrastantes aún parecen demandar a mucha gente una elección, incluso después de más de un siglo de comentarios e interpretaciones. El Primer Ministro británico, Benjamin Disraeli, tenía mucha labia pero estaba en tono con la opinión pública cuando preguntó, en relación al trabajo de Darwin, “¿El hombre es un simio o un ángel?” y se declaró a sí mismo, “del lado de los ángeles”.⁴

Hay tres puntos interrelacionados en la lógica del argumento evolucionista que son especialmente pertinentes para entender el lugar que este llegó a ocupar en las ciencias humanas. El primero se refiere a la autoridad que adquirió la teoría de la evolución como prueba de que el hombre tiene un ancestro animal. La evidencia de la evolución, los hechos que Darwin manejó brillantemente, parecían requerir que la gente aceptara la continuidad del hombre con la naturaleza, sin importar las ideas previas que tuviera. Así fue como los defensores de Darwin, como Thomas Henry Huxley (1825-95) en Gran Bretaña o Ernst Haeckel (1834-1919) en Alemania, promovieron la causa. Como dijo Huxley sobre el origen de las especies: “La pregunta requiere ser contestada por la investigación metódica y amante de la verdad, realizada por hábiles naturalistas. Es el deber del público general esperar con paciencia el resultado...”⁵ Esto fue lo que hizo de Darwin una figura apropiada para la cosmovisión científico-natural en el siglo XIX; fue él quien hizo que los hechos de la naturaleza revelaran las bases de existencia humana. El fracaso de los críticos de Darwin para organizar hechos persuasivos en contra de él, aumentó el prestigio de la cosmovisión científica en general. Sin embargo, en la teoría de Darwin había mucho más que una afirmación, o que un conjunto de afirmaciones, probadas por los hechos. Su teoría ejemplificó una forma de pensar sobre la vida y la naturaleza humana que los científicos aceptaron en última instancia porque era para ellos la única manera de hacer ciencia. Como observó G. H. Lewes (1817-78), colega de George Eliot, la apelación al pensamiento evolucionista fue la del supuesto “de que a lo largo de toda la Naturaleza –incluyendo los fenómenos sociales y morales– los procesos están subordinados a la Ley inmodificable...”⁶

El segundo punto es que quienes proponían la teoría de la evolución suponían la continuidad entre el mundo animal y el mundo humano para justificar la extensión de su argumento a los seres humanos. Al mismo tiempo, ellos usaron evidencia sobre el pasado evolucionista del hombre como autoridad empírica para el principio de continuidad. Este procedimiento parece dar por sentado lo que el argumento se propone probar. Otra forma de verlo, sin embargo, es considerar el argumento como simultáneamente conceptual y empírico, abstracto y concreto. Fueron las dimensiones filosóficas y científicas juntas las que hicieron que la teoría de la evolución resultara significativa para las ciencias humanas. Además, dado que filosofía y hecho estaban tan íntimamente conectados, los observadores pensaron que Darwin provocó una revolución en las ideas.

Tercero, el impacto de Darwin se centró en su imagen de los hombres y las mujeres como animales. Ciertamente este fue su efecto en la imaginación del público, como lo atestiguan muchas caricaturas con Darwin mismo como un mono. Al comienzo de su tratamiento de la moralidad, escribió: “Hasta donde yo sé, nadie (hasta ahora) la ha abordado

³ Darwin (1981), vol. 2, p. 405.

⁴ Citado en A. Desmond & J. Moore, *Darwin* (London: Michael Joseph, 1991), p. 527.

⁵ T. H. Huxley, *Time and Life: Mr. Darwin's "Origin of Species"*, en *Man's Place in Nature and Other Essays* (reimpreso London: J. M. Dent & Sons, 1906), p. 298.

⁶ Citado en R. M. Young, “Darwin's Metaphor: Does Nature Select?”, en Young (1985), p. 124.

exclusivamente desde el lado de la historia natural”.⁷ Pero tal abordaje de la moralidad era precisamente lo que los oponentes no concederían en primer lugar; ellos no aceptaban que la moralidad fuera un tema de la “historia natural” o que la esencia del hombre fuera un tema de la ciencia natural. En última instancia, esto no era una cuestión de disputa empírica sino un debate sobre los términos en los que era posible tener conocimiento del hombre. De la misma forma, los hechos empíricos eran muy importantes en tanto, en la realidad histórica, persuadían a la gente a aceptar una u otra posición. La evaluación de la significación de Darwin para las ciencias humanas no puede hacerse por lo tanto en forma independiente del debate sobre qué tipo de ciencia humana estaba en discusión. Muchos victorianos evolucionistas apasionados fueron evolucionistas precisamente porque la teoría evolucionista unificaba la ciencia natural y humana, y sus sucesores, tales como los sociobiólogos activos en las décadas de 1970 y 1980, compartieron esta posición. Como dijo Huxley en la conclusión de una reseña sobre *El origen de las especies*: “no creemos que... ningún trabajo haya previsto ejercer una influencia tan grande... al extender el dominio de la Ciencia a regiones del pensamiento en las que difícilmente ella ha penetrado hasta ahora”.⁸ Esta era la voz segura de la cosmovisión científica del siglo XIX. No obstante, entonces y después, muchos críticos continuaron defendiendo otras formas de explicación en las ciencias humanas; había además otras disciplinas que afirmaban que eran ciencias como las disciplinas de la ciencia natural. Más allá de esto, en la cultura más amplia, muchas formas de argumentos y creencias religiosas percibían los límites de la capacidad de cualquier tipo de ciencia de circunscribir totalmente la existencia humana.

El pensamiento evolucionista y el nombre de Darwin también estuvieron inextricablemente unidos al debate ético y político. El positivismo comteano, el materialismo histórico y la teoría evolucionista por igual incorporaron una dimensión descriptiva pero también evaluativa. La distinción analítica entre hechos y valores que los filósofos introdujeron posteriormente, no estaba presente en el siglo XIX. Desde el principio, las ideas evolucionistas fueron parte del proyecto cargado de valor (*value-laden project*) conocido en el siglo XVIII como la ciencia del hombre y en el siglo XIX como la ciencia de la sociedad. La teoría de la evolución no se separó de esta empresa; incluso Darwin pensaba que, de hecho, la evolución humana demuestra la realidad del progreso. A veces, especialmente a fines del siglo XIX, el lenguaje evolucionista llegó a ser dominante en ética y política y fue usado para sostener muchas afirmaciones diferentes a la idea de que la historia natural del hombre determina sus posibilidades. El nombre de Darwin quedó unido a muchas perspectivas distintas; y aunque muchas de estas ideas usaron mal su nombre, esto no significa que Darwin mismo no creyera que el pensamiento evolucionista afectaba los valores del hombre.

La ética era el fin explícito del trabajo sobre la evolución de Herbert Spencer (1820-1903), trabajo que fue el intento más sistemático de pensar las implicaciones de la teoría de la evolución para la psicología y la sociología. Su ambición era mostrar cómo un sistema de ética podía ser derivado realmente del conocimiento de los hechos evolucionistas de la naturaleza. Darwin hizo lo mejor que pudo para evitar los espinosos problemas de la filosofía, pero trató aún de reconciliar en las publicaciones sus ideas victorianas de progreso moral con su abordaje de la evolución humana. Una característica central del pensamiento evolucionista, como el positivismo comteano, era que brindaba argumentos para fundar qué es correcto hacer en lo que es natural hacer. Esto formaba parte de una división en los valores culturales, que los historiadores llaman a menudo naturalismo, el cual reemplaza la autoridad de lo trascendente por la autoridad de este mundo, la naturaleza, en la determinación de la acción correcta. Al mismo tiempo, muchos evolucionistas, aunque no Darwin ni Spencer, eran profundamente religiosos. Otros, como los defensores de Darwin en el continente europeo, tales como Haeckel en Alemania y D. I. Pisarev (1840-68) en Rusia, se convirtieron en líderes

⁷ Darwin (1981), Vol. 1, p. 71.

⁸ T. H. Huxley, “Darwin on the Origin of Species”, en (1906), p. 336.

del naturalismo darwiniano en el contexto de las batallas políticas contra las fuerzas cristianas conservadoras. Probablemente el autor de no ficción más vendido en lengua alemana antes de 1933 fue Wilhelm Bölsche, quien escribió novelas sobre la evolución como historias de amor y reforzó una visión sentimental de la vida humana natural. En la década de 1920, los trabajadores alemanes encontraron más inspiración en la lectura del libro de Huxley *El lugar del hombre en la naturaleza* (*Man's Place in Nature*), que en Marx. La idea de que la naturaleza evolucionista da esperanzas al hombre tenía un atractivo amplio. Piotr Kropotkin (1842-1921), un biólogo ruso, aristócrata exiliado, encontró en el trabajo de Darwin la base para la creencia de que el hombre tiene una naturaleza naturalmente cooperativa y que la destrucción de formas existentes de gobierno permitiría la libre expresión de esta naturaleza. A menudo, las teorías “darwinianas” fueron en la intención, tanto pacifistas como militaristas.

El debate sobre la evolución fue un debate sobre la evidencia biológica y geológica. Pero no era extraordinario el hecho de que los naturalistas también reflexionaran sobre la teoría de Malthus acerca de la población humana, en relación con la vida de los animales y las plantas. Ninguno de los primeros victorianos educados que tuviera un interés en los problemas sociales podría haber evitado una familiaridad con los abordajes malthusianos de la pobreza y con la creencia de que la sociedad es un asunto de leyes ineluctables. La ciencia de la economía política tenía un lugar establecido entre las ciencias de la época, y había muchos precedentes para la transferencia de ideas de una ciencia a otra. El banquero George Poulent Scrope (1797-1876), por ejemplo, también era un geólogo, y en la década de 1820, sus pensamientos sobre la economía y el balance de recursos finitos aparecían por igual en ensayos sobre finanzas y sobre la superficie terrestre. Es llamativo incluso que los dos teóricos originales de la selección natural, Alfred Russel Wallace (1823-1913) y el mismo Darwin, reportaran experiencias “eureka” que incluían a Malthus, y que el primer pensamiento evolucionista de Spencer en parte fuera una respuesta a Malthus. El lenguaje político de “no hay alternativa” era muy familiar para los victorianos. La imagen de una lucha por el sustento en la sociedad humana reapareció en las afirmaciones de Darwin y Wallace sobre la selección natural. Según estos autores, el punto crucial acerca de por qué ocurre la evolución, era que los animales y las plantas compiten por la subsistencia y que esta competencia conduce a la supervivencia de una variedad más que otra a lo largo del tiempo. La supervivencia diferencial, sostenían, es el mecanismo de la evolución orgánica, el origen de las especies. Su argumento involucraba muchos otros elementos y llegó a ser muy sofisticado. No obstante retuvo un lenguaje que unía la descripción de Malthus de la competencia humana como motor del progreso social (cualquiera fuera el costo), y sus propias descripciones de la lucha orgánica por la existencia como motor del cambio evolucionista (cualquiera fuera la extinción de animales y plantas). Incluso si Spencer no hubiera acuñado la expresión “supervivencia del más apto”, los victorianos aún hubieran escrito y leído sobre la selección natural con lentes coloreados por la economía política.⁹

Las polémicas de fines del siglo XIX sobre cuestiones nacionales o internacionales a menudo invocaban el nombre de Darwin o desplegaban un lenguaje “darwiniano” para describir un valor político particular –raza o lucha, por ejemplo– como si fuera una característica de la naturaleza. Este lenguaje fue más fuerte en la justificación del imperio, en una época en que los países europeos y Estados Unidos competían ferozmente por establecer esferas de influencia económica y militar en el mundo. Karl Pearson (1857-1936), un pionero en matemática biológica y análisis estadístico, concluyó su muy leído *La gramática de la ciencia* (*The Grammar of Science*) (1892) con afirmaciones sobre la inevitabilidad de la lucha evolucionista y la obligación de las naciones superiores de brindar liderazgo al mundo. “La lucha del hombre civilizado contra el hombre incivilizado y en contra de la naturaleza produce una cierta “solidaridad de la humanidad” parcial que incluye una prohibición contra

⁹ H. Spencer, *The Principles of Biology*, (edic. revisada, London: Williams & Norgate, 1898-9), Vol. 1, p. 530.

cualquier comunidad individual que desperdicie los recursos de la humanidad.”¹⁰ Esa literatura sostenía que los valores eran revelados por la ciencia misma pero no hacía uso simplemente de la autoridad de la ciencia empírica para garantizar los valores. La literatura del darwinismo político perpetuó la práctica largamente establecida que compartía lenguaje y sentido entre la ciencia del hombre, la economía política y la ciencia natural. La noción de lucha, el conflicto de intereses, había sido un pilar del pensamiento político liberal desde el siglo XVII. Así como Darwin o Wallace pensaron en las nociones malthusianas cuando crearon la teoría de la selección natural, de la misma forma Pearson o su contemporáneo Benjamin Kidd –el autor de *Social Evolution* (1894) – pensaron en la biología evolucionista al articular metas políticas. Todo esto aporta a la conclusión de que el pensamiento evolucionista formó parte de las ciencias humanas y no que fue un trabajo independiente que luego tuvo influencia en las ciencias humanas.

La expresión “darwinismo social” no parece haber sido usada mucho, por lo menos, en el siglo XIX. Alude de un modo más despectivo a cualquier intento de usar la biología evolucionista para justificar una afirmación sobre la sociedad o una política social: el respaldo del conflicto entre individuos, clases, naciones o razas como necesario para el progreso; de la creencia de que la acción individual o colectiva, especialmente la agresión, es más natural que cultural; o de la eugenesia, la creencia de que la reproducción diferencial es el modo de afectar el destino humano. Poco se gana cuando tantos argumentos diferentes se amontonan de ese modo, incluso aunque el nombre de Darwin fuera usado en ese rango de ideas tan amplio. Es notable, por ejemplo, que los defensores darwinianos de la eugenesia promovieran controles del gobierno central sobre la reproducción, mientras que los darwinianos que estaban a favor de la lucha individual por la existencia se opusieron específicamente a tal compulsión.

A partir de esta evaluación general del debate evolucionista, se analizarán ahora las contribuciones de Spencer y de Darwin, y los modos específicos en que la psicología, la sociología y la antropología se convirtieron en ciencias evolucionistas en la segunda mitad del siglo XIX.

II. La evolución y Herbert Spencer.

Spencer tenía las virtudes y las debilidades propias de la disconformidad inglesa provincial. Individualista e independiente en sus ideas, hizo su propio camino desde ingeniero en ferrocarriles hasta sabio, y se convirtió en el flagelo de la acción estatal, pero impresionó a muchos solo como un mojígato sin humor. De joven fue un entusiasta de la frenología; un examen de su cabeza encontró protuberancias de firmeza, autoestima y meticulosidad, y la conclusión fue que “una cabeza como esa debía estar en la Iglesia”.¹¹ Se disgustó cuando fue comparado con Comte, debido a que él pensaba que sus logros eran únicos, pero tenían mucho en común intelectualmente y en la personalidad. Ambos construyeron síntesis filosóficas con el progreso del conocimiento científico natural como pieza clave de la historia humana. Ambos fueron movidos por la creencia de que el conocimiento de las leyes de la naturaleza muestra a las personas cómo vivir y organizar la sociedad. Caracterizaron a la sociología como una ciencia distinta, y tenían fe en que el conocimiento sociológico conduciría a una edad secular. Más aún, ambos tomaron del lenguaje biológico de la estructura y la función de las partes de los organismos y lo aplicaron a la sociedad humana. En ambos autores, la frenología influyó la noción de función, aunque solo Spencer elaboró una psicología. Ambos apuntaron al bien de la humanidad y tuvieron vidas personales infelices. En lo que se diferenciaron tajantemente fue en su visión del orden social ideal: el de Comte era colectivo, el de Spencer era individualista.

¹⁰ K. Pearson, *The Grammar of Science* (2da edición reimpressa, London: J. M. Dent & Sons, 1937), p. 310.

¹¹ Citado en R. M. Young, *Mind, Brain, and Adaptation: Cerebral Localization and Its Biological Context from Gall to Ferrier* (Oxford: Clarendon Press, 1970), p. 151.

Spencer fue original en el modo en que pensó sistemáticamente sobre qué significaba aceptar la evolución humana para el conocimiento psicológico y sociológico. Fue el filósofo evolucionista por excelencia. Si bien, a diferencia de Darwin, no contribuyó con nuevas observaciones, brindó un marco conceptual para la psicología y la sociología como disciplinas comparables a las ciencias naturales. El marco incluyó dos principios importantes, continuidad y utilidad, los cuales fueron fundamentales para la historia posterior de las ciencias humanas, especialmente en los Estados Unidos. El principio de continuidad es la presunción de que las leyes naturales se aplican universalmente e incluyen todo aspecto de la existencia humana; para Spencer, el principio está incluido en la ley evolucionista de cambio direccional, en todos los niveles de la realidad, desde un estado de simplicidad sin organización a otro de complejidad organizada. El principio de utilidad denota que todo fenómeno, sea el sistema solar o el mercado libre, tiene una forma determinada por una integración adaptativa a las condiciones. Estos principios eran muy abstractos –y el estilo de Spencer daba esa impresión: “La evolución es una integración de materia y una disipación concomitante de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente...”¹² Sin embargo, su tenacidad –William James escribió que él fue “el primero en ver en la evolución un principio absolutamente universal”– promovió una reorientación intelectual de gran significación.¹³

Luego de que se mudó a Londres en los años 1840, Spencer fue durante un tiempo editor de la revista *Economist* que estaba a favor del libre intercambio comercial. Su primer libro, *Social Statics, Or, the Conditions Essential to a Human Happiness Specified* (1851) seguía el modelo de la ciencia del hombre del siglo XVIII; acerca de la experiencia y la naturaleza humana, sostenía una creencia optimista en el progreso natural de la sociedad, si hay igualdad de oportunidades. Mezcló los valores de la autoayuda provinciana, una visión frenológica de la naturaleza humana y la economía política liberal. Spencer leía literatura sobre ciencia y filosofía, y Mill lo orientó hacia la psicología asociacionista. El resultado fue que Spencer conjugó una idea de “individuación” progresiva de Coleridge, una “ley de desarrollo” tomada del embriólogo Karl Ernst von Baer, el lenguaje de “la división fisiológica del trabajo” tomada del zoólogo francés Henri Milne-Edwards, y una teoría de la transformación orgánica tomada del evolucionista francés Lamarck. Todo esto tomó cuerpo en su creencia de que: “El progreso, por consiguiente, no es un accidente, sino una necesidad”.¹⁴ Durante la juventud de Spencer, la teoría evolucionista de Lamarck (1744-1829) estaba vinculada en Gran Bretaña con la crítica radical al *establishment* político y religioso, y con la creencia en una ley de progreso social. Spencer tomó la noción de Lamarck de cambio estructural y funcional de los organismos a través de sucesivas generaciones en respuesta al medio y lo extendió a un mecanismo de producción de progreso en la mente y en la sociedad. La noción de que la adaptación ocurre a través de la experiencia, la idea de que el ajuste de un estado interno bajo el impacto de eventos externos produce una condición estable, se convirtió en el modelo de Spencer para describir todo sistema, cualquiera que este fuese. A mediados del siglo XX llegó a convertirse en la base conceptual para el abordaje de la toma de decisiones, llamado análisis de sistemas.

Spencer aplicó por primera vez esas ideas generales en *Los principios de la psicología* (*The Principles of Psychology*) (1855), un libro que con el tiempo transformó el análisis de la mente en Gran Bretaña. Mientras que Locke y Hartley habían tratado la experiencia como el medio a través del cual una mente individual adquiere conocimiento y de ese modo actúa constructivamente en el mundo externo, Spencer trató la experiencia como un proceso histórico continuo, el medio a través del cual las mentes de los animales y de los seres humanos evolucionan a través del tiempo e integran la actividad animal y humana con el

¹² H. Spencer, *First Principles* (6ta edición reimpresa, London: Williams & Norgate, 1915), p. 321.

¹³ W. James, “Herbert Spencer’s Autobiography”, en *Memories and Studies* (London: Longmans, Green, 1911), p. 124.

¹⁴ Citado en Young (1970), p. 170.

mundo en el que habitan. Esto ejemplificaba su suposición de que hay un ajuste continuo de lo interno a relaciones externas en todos los procesos vivientes. Su principal idea, de que se podía decir lo mismo del cuerpo, de la mente y de la conducta, sentó las bases de la psicología como una ciencia que se ocupa de *funciones* adaptativas, y su importancia se explica en una sección aparte. Locke había sostenido que el conocimiento verdadero, y de ahí los acuerdos sociales, es posible porque la creencia aumenta con la experiencia. En las manos de Spencer, esta afirmación se convirtió en el argumento de que la mente y la cultura son productos de la integración adaptativa (es decir, la experiencia) de condiciones previas. También sostuvo que el proceso natural de integración adaptativa establece un estándar objetivo para juicios éticos y políticos, y que –finalmente– la humanidad no puede sino progresar.

Algunos autores anteriores, que derivaban el contenido de la mente de la experiencia, como Condillac o Hartley, asumían la posición delicada de suponer que cada mente individual construye su contenido mental desde cero. Por el contrario, Spencer enfatizaba que todo individuo hereda funciones mentales de generaciones previas, incluso cuando deriva de la experiencia el contenido de la mente. Este fue un paso importante de dos modos. Primero, la opinión común siempre había encontrado implausible la imagen de Locke de la mente del recién nacido como una hoja en blanco; los bebés, como los animales, parecían nacer tanto con emociones como con instintos. Además, como J. S. Mill argumentó contra su padre, James Mill, que es simplemente indefendible reducir la vida emocional a un cálculo de placeres y dolores: “Es cierto que los ensayos de los psicólogos de la asociación de explicar las emociones por asociación, han sido en su conjunto la parte menos exitosa de sus esfuerzos”.¹⁵ Más tarde, Darwin se ocupó bastante de este tema, y argumentó que una teoría de las emociones requiere una teoría de los instintos heredados. Spencer creía que la evolución explica cómo se originan las capacidades heredadas: en la experiencia, pero en la experiencia de la raza o de las especies, no de los individuos. La experiencia, pensaba, llega empotrada en la estructura heredable del sistema nervioso:

A través de la acumulación de pequeños incrementos, que surgen de las experiencias constantes de las generaciones sucesivas, la tendencia de todos los estados psíquicos componentes de hacerse surgir uno de otro, se hará gradualmente más fuerte. Y cuando esto finalmente se convierta en orgánico, constituirá lo que llamamos sentimientos, o propensión, o afecto...

Un evento mental cambia a lo largo del tiempo, desde un proceso mental a una estructura nerviosa. Esto explica, por ejemplo, cómo “la más poderosa de todas las pasiones –la pasión amorosa– [es] una que, cuando ocurre por primera vez, es absolutamente antecedente de cualquier otra experiencia relacionada”.¹⁶

Había más implicaciones en este paso que en la expansión de la psicología de la experiencia, hasta incluir instintos y propensiones emocionales. Los instintos y las emociones eran evidencia importante para los opositores idealistas a la psicología empirista y los abordajes científico-naturales de la mente. Los moralistas británicos describían los instintos animales y las capacidades humanas como el sentido moral, como ilustración del designio de Dios en la naturaleza y en la naturaleza humana. Los filósofos académicos conservadores sostenían que la mente poseía categorías *a priori*, las cuales, debido a su necesidad lógica, no podían originarse en la experiencia, y se concluía, que eran dadas por Dios. Spencer creyó que él era capaz de dejar sin apoyo a estos autores cristianos, autores a los que veía como los baluartes del orden político establecido en Gran Bretaña. Sostenía que la evolución demuestra que las capacidades emocionales y racionales son realmente innatas, pero que sin embargo derivan de la experiencia –la experiencia evolucionista. Lo que había parecido evidencia convincente a los idealistas cristianos reapareció como evidencia de una psicología científico-

¹⁵ J. S. Mill, “Bain’s Psychology”, en *Essays on Philosophy and the Classics*, en *Collected Works of John Stuart Mill*, Vol. 11 (Toronto: University of Toronto Press, 1978), p. 361.

¹⁶ H. Spencer, *Principles of Psychology* (reimpreso, Farnborough: Gregg International, 1970), p. 606.

naturalista. La ambición de Spencer era mejorar el estatus de la ciencia en oposición a la filosofía cristiana, en la cultura nacional.

Por otro lado, Spencer pensaba que había dejado de lado la disputa filosófica entre idealistas (como Leibniz o Kant) y empiristas (como Locke o J. S. Mill) acerca del origen del conocimiento. Aceptaba que la mente da forma al conocimiento con categorías a priori, pero sostenía estas categorías son sin embargo, a posteriori en un sentido evolucionista.

Finalmente, en el surgimiento de las facultades humanas, consideradas como resultados organizados de este intercambio entre el organismo y el medio ambiente, se alcanzó la conclusión de que las así llamadas formas de pensamiento son el resultado del proceso de ajuste perpetuo de relaciones internas a las relaciones externas; relaciones fijas en el medio ambiente produciendo relaciones fijas en la mente. Y así llegó una reconciliación de la perspectiva *a priori* con la perspectiva de la experiencia.¹⁷

Esta respuesta psicológica a un problema filosófico tenía exactamente el carácter al que reaccionaron en contra los filósofos, guiados por Frege en los años 1890, cuando ellos establecieron la base de lo que se convirtió en filosofía analítica. En plena época victoriana, sin embargo, Spencer quería que su argumento condujera a formas de pensamiento naturalistas o científicas en un campo de enemigos idealistas.

Le tomó un tiempo a la gente entender estos argumentos, y el primer trabajo de Spencer sobre la psicología no fue leído durante un buen tiempo. A fines de la década de 1850, justo cuando fue publicada la teoría de la evolución de Darwin, Spencer persuadió a suficiente gente de financiarlo para escribir una “Filosofía sintética”, una exposición sistemática de su pensamiento evolucionista, que comenzó con *Primeros principios (First Principles)* (apareció en series entre 1860-62) y concluyó treinta años después con estudios sobre sociología y ética. La segunda edición del trabajo sobre psicología (1870-72), en el cual él volvió a dar forma a su argumento, atrajo la atención. Mientras tanto, Spencer se movió hacia la última meta de sus esfuerzos, la fundación de la ética y una política individualista fundada en la ley natural del progreso. Muchos lectores, para enojo de Spencer, fusionaron su argumento en sus mentes con lo que aprendieron de Comte: que la acción política racional depende del estudio sistemático de las leyes naturales del desarrollo social. En el mundo de habla inglesa, sin embargo, Spencer hizo más que nadie en inspirar la inversión intelectual y política en la ciencia de la sociología.

El lenguaje de Spencer sobre “el ajuste de lo interno a las relaciones externas” derivó de la fisiología pero tuvo su elaboración más grande en la sociología. Tomó sobre todo la analogía orgánica y, en el proceso, quedaron expuestas –casi hasta el ridículo– las debilidades de la ciencia social basada en la biología. Esto fue más evidente en “El organismo social” (“The Social Organism”) (1860), un artículo en el cual comparó sistemáticamente las estructuras y las funciones de un animal –la piel, el sistema digestivo, la circulación de la sangre– con las instituciones y los procesos de producción y distribución en la sociedad. Por ejemplo: “Y en los ferrocarriles también vemos, por primera vez en el organismo social, un sistema de canales dobles transportando en direcciones opuestas, como lo hacen las arterias y las venas de un animal bien desarrollado.”¹⁸ Sin embargo, se extendió poco en la comparación del cerebro con el gobierno, debido a que Spencer estaba en contra de la regulación centralizada y privilegió la elección moral individual. Se opuso, por ejemplo, tanto a la oficina postal del gobierno como a la legislación para un sistema de educación primaria estatal promulgado en 1870. De esta forma, recurría a una analogía orgánica cuando le venía bien a sus propósitos políticos y la ignoraba cuando no le venía bien. Aquí él fue inconsistente, dado que sus analogías no eran tropos o frases figurativas a ser descartadas a

¹⁷ H. Spencer, “The Filiation of Ideas”, en D. Duncan (ed.), *The Life and Letters of Herbert Spencer* (London: Methuen, 1908), p. 547.

¹⁸ H. Spencer, “The Social Organism”, en *The Man Versus the State: With Four Essays on Politics and Society*, ed. D. MacRae (Harmondsworth: Penguin Books, 1969), p. 223.

voluntad, sino deducciones a partir de principios que, sostenía, subyacen a relaciones organizadas de cualquier tipo. En teoría, no podía elegir descartar o limitar la analogía porque, según su opinión, lo que parece ser superficialmente una analogía entre los animales y la sociedad es una consecuencia de una identidad más profunda. Si la sociedad está sujeta a la misma ley natural como el resto del universo, la ley del progreso evolucionista, parecía desprenderse entonces que las sociedades, como los animales, evolucionan hacia sistemas centralizados –del tipo que en realidad promovió Comte. Spencer rechazó esta conclusión, y argumentó en cambio que la inteligencia individual y la conciencia moral, construidas a partir de la experiencia individual que se convierte en colectiva, son la fuerza decisiva en la sociedad. Obligado a aclarar su posición sobre el gobierno, se retractó de las implicaciones de su noción de organismo social. La naturaleza no brindaba la guía sin ambigüedades de la política social que él esperaba.

De todos modos, Spencer persuadió a muchas personas de la necesidad de la sociología. Su texto introductorio, *El estudio de la Sociología (The Study of Sociology)* (1873), apareció en Gran Bretaña y en América en las “International Scientific Series” de E. L. Youmans, una aventura editorial importante que contribuyó a la comprensión pública de la ciencia a fines del siglo XIX. Youmans también fue el editor de *Popular Science Monthly*, la primera revista popular sobre ciencia en lengua inglesa, que también difundió ideas de Spencer. Spencer escribió: “Si hay causación natural... nos corresponde usar toda la diligencia en determinar qué fuerzas son, cuáles son sus leyes y de qué modos ellas cooperan...” De aquí obtuvo su conclusión básica: “Y sostener esto es sostener que puede haber previsión de los fenómenos sociales, y por consiguiente Ciencia Social”. Él se mofaba de políticos o historiadores que actuaban o explicaban la acción sobre la base de sentido común o de grandes hombres: ¿esto significaba que ellos negaban la realidad de la causación natural? Si no la negaban, Spencer creía, no podían negar la necesidad de la sociología. Él contribuyó a que la gente tomara conciencia de que la sociología era la previsión que la sociedad necesitaba para conducir sus asuntos sobre una base racional. En 1851 escribió con optimismo sobre el progreso que se desarrollaba conjuntamente con el mejoramiento individual; pero en los años 1870, con el Parlamento y la opinión pública a favor de la legislación para resolver problemas sociales, él se fue haciendo cada vez más pesimista y crítico amargo de los cambios sociales reales que ocurrían en su entorno. Luego llegó a ser conocido como un líder de lo que los historiadores posteriormente llamaron Darwinismo social, en este contexto, la política de la competencia libre entre individuos basada en la creencia de que tal competencia es el motor natural del progreso. Spencer sostuvo:

El estudio de la Sociología, realizada científicamente analizando en detalle desde las causas próximas hacia las remotas... disipará la ilusión actual de que los demonios sociales admiten curas radicales... Se puede modificar la incidencia del daño, pero una cantidad de él debe ser soportado inevitablemente en algún lado.¹⁹

Los defensores del *laissez-faire* económico, especialmente Andrew Carnegie, el gran magnate de acero de Pittsburg, tomaron a Spencer en su batalla para resistir la legislación antimonopolio en los Estados Unidos (un intento de prevenir la creación de monopolios por parte de emprendedores).

Irónicamente, muchos líderes de la generación inspirados por el llamado a la sociología de Spencer, como los fundadores de la *London School of Economics*, en 1895, vieron al gobierno como la institución que poseía suficiente poder para aplicar los resultados del análisis sociológico. A lo largo de la mayor parte del siglo XX, la ciencia social aplicada estuvo asociada políticamente con un interés en una planificación y toma de decisiones centralizadas. Sus defensores creían que una ciencia de la sociedad requería ser implementada por expertos más que por el voto popular, y pensaban que el poder del gobierno necesitaría

¹⁹ H. Spencer, *The Study of Sociology* (16ª edición, London: Kegan Paul, Trench, Trubner, 1892), pp. 47, 46, 21-2.

superar intereses sectoriales. La utopía de Spencer, sin embargo, era una sociedad en la cual la educación de los individuos en las leyes de la naturaleza les diera el poder moral de actuar por lo que es bueno y, al cabo de un tiempo, transmitir una herencia moralmente elevada.

Spencer también ensambló un cuerpo considerable de información comparativa sobre sociedades alrededor del mundo, a fin de mostrar cómo se aplicaban de hecho sus leyes generales. Tabuló observaciones de otras personas para demostrar la evolución social desde lo primitivo hacia lo avanzado, un cambio marcado por la complejidad creciente, la especialización de la función y la integración adaptativa de las partes al todo. Se convirtió en un ejercicio rígido de confirmación repetida de sus principios básicos. De un modo más interesante, describió el cambio desde una sociedad militante (es decir, militar) hacia una industrial como el paso crucial en el surgimiento de Occidente. Con el logro de un orden social relativamente estable, argumentaba, las sociedades occidentales habían relajado el control que previamente había sido necesario para asegurar la supervivencia de la política. De este modo, la iniciativa individual generó la prosperidad material e intelectual que acompaña el progreso moral. Proyectó el cambio de la experiencia británica, el desplazamiento de poder durante la industrialización, desde una aristocracia con valores militares hacia una clase industrial con valores comerciales, como el patrón general del desarrollo social. Esta teoría constituyó una gran parte de la dimensión empírica del abordaje de la evolución social, que también dedujo de los primeros principios. Otra vez irónicamente, al final de su vida, observó consternado como la opinión pública apoyaba los valores militares y Europa se volvía a armar.

III. El origen del hombre.

Tanto Spencer como Darwin hicieron bastante para controlar sus circunstancias domésticas a fin de poder trabajar, y ambos no estaban bien desde un punto de vista neurótico. Pero en tanto Spencer fue un soltero irascible, Darwin fue un *paterfamilias* muy amado. Sus caminos raramente se cruzaron; separaron el trabajo de la filosofía y la sociología y el de la historia natural científica y mantuvieron una distancia amable pero seca. Spencer se dio cuenta de que su temprano pensamiento evolucionista ignoraba el mecanismo central de Darwin, la selección natural, aunque continuó dando prioridad a la herencia de las características adquiridas. Darwin era cortés en la prensa; escribió que: “La Psicología se basará en forma segura en la fundación ya bien conducida por Mr. Herbert Spencer, acerca de la adquisición necesaria de cada capacidad y poder mental por gradación.”²⁰ Pero en privado era evasivo y consideraba a Spencer como demasiado abstracto para ser un buen científico.

Darwin ciertamente era un científico natural de un modo que Spencer no lo era, en el sentido de que dedicó toda la vida al estudio detallado de plantas y animales, y estaba motivado por el deseo de explicar el detalle. Darwin era un naturalista, pero constantemente organizaba su información en relación a una *teoría* unificadora de la evolución. Él entendía “que toda observación debe ser para o en contra de alguna idea, si tiene alguna utilidad”.²¹ Su trabajo no solo reunía los hechos observados en la afirmación general de que la evolución ha ocurrido, sino que exploró en profundidad un mecanismo causal, la selección natural, al cual explicaba en términos de las leyes materiales de la naturaleza. Estableció lo que se convirtió – con diferentes cambios– en un marco comprehensivo para la investigación biológica.

Darwin era más feliz cuando trabajaba con alguna parte detallada del mundo viviente, como en sus estudios de las orquídeas o de las lombrices. No obstante, al menos para el tiempo del viaje alrededor del mundo en el HMS Beagle (1831-6), también quedó fascinado con el problema del lugar del hombre en la naturaleza. Este interés culminó en dos grandes

²⁰ C. Darwin, *The Origin of Species by Means of Natural Selection* (6ª edición reimpresa New York: Collier Books, 1962), p. 483.

²¹ C. Darwin, carta a Henry Fawcett, 1861, en *The Correspondence of Charles Darwin*. Volumen 9: 1861 (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), p. 269.

estudios en psicología comparada, *El origen del hombre y la selección sexual* (*The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*) (1871) y *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* (*The Expression of the Emotions in Man and Animals*) (1872). Estos libros sacaron las implicaciones para la naturaleza humana de *El origen de las especies por medio de la selección natural, o la supervivencia de las razas favorecidas en la lucha por la vida* (*On the Origin of Species by Means of Natural Selection, Or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*) (1859). El público victoriano ya había sido expuesto a la idea de la evolución humana en el momento en que él publicó sobre este tema, y esto apagó el fuego de la crítica; su libro apareció como una contribución a un debate más que como una novedad escandalosa. Spencer creó una perspectiva teórica comparativa para la psicología y la sociología por fuera de las ideas evolucionistas. Darwin describió la naturaleza humana en los términos concretos de una historia natural evolucionista, que comparaba las capacidades mentales y corporales humanas con las de los animales. Todos eran capaces de entender la afirmación de “que el hombre desciende de alguna forma organizada inferior”.²² Darwin era sensible a las implicancias que su trabajo tenía para la ética, la religión, la creencia en el progreso, el pensamiento social y la filosofía de la mente, y aunque trató de mantener su discusión al nivel de la historia natural, sus ideas sobre estas cuestiones se filtraban en las publicaciones. Pero quienes se oponían a sus ideas no aceptaban en primer lugar que la historia natural fuera el medio apropiado para entender a los seres humanos. Estos críticos percibían que, aunque Darwin escribiera en el lenguaje de la historia natural, este trabajo era el vehículo para una filosofía naturalista sobre el hombre.

El género humano siempre estuvo en el corazón de la experiencia de Darwin sobre la naturaleza. A bordo del *Beagle* en 1831, junto con Darwin había tres fueguinos, indígenas del remoto sur de América del Sur, expuestos a la civilización occidental durante un año en Inglaterra. Una vez dejados otra vez en su tierra natal, Jemmy Button, York Minster y Fuegia Basket volvieron a sus modos nativos de vida. Años más tarde, Darwin reconstruyó sus experiencias en Tierra del Fuego:

Nunca olvidaré la sorpresa que sentí cuando vi por primera vez un grupo de fueguinos en una costa salvaje e irregular, debido a que la reflexión acudió enseguida a mi mente —esos eran nuestros ancestros. Estos hombres estaban absolutamente desnudos y embadurnados con pintura, su largo pelo estaba enmarañado, sus bocas bufaban con excitación, y su expresión era salvaje, asustada y desconfiada... Quien haya visto un salvaje en su tierra nativa no sentirá mucha vergüenza si se ve forzado a reconocer que la sangre de alguna criatura [animal] más modesta corre en sus venas.²³

Así adquirió una imagen vívida de los primitivos cuando era joven. Cuando retornó a la Inglaterra civilizada, comenzó a escribir una serie de cuadernos, incluyendo aquellos que los historiadores conocen como “Cuadernos Metafísicos”. Aquí, en privado, trató de pensar como un materialista y realizar un abordaje totalmente naturalista de la naturaleza humana. No tenía ningún problema emocional en aceptar que la humanidad era el resultado de leyes causales físicas operando a través del tiempo.

Luego de su regreso a Inglaterra, Darwin releyó a Malthus en 1838, e integró creativamente sus pensamientos sobre economía política, la naturaleza humana y el material que había comenzado a reunir sobre el origen de las especies. El resultado fue la teoría de la selección natural. Casado con una mujer devota y sensible, consciente de que la gente respetable correlacionaba la especulación evolucionista con el radicalismo político más su identificación con los valores de la comunidad científica, que requería que las teorías fueran probadas por los hechos, todo esto hizo que Darwin no dijera nada sobre la evolución. Todavía tenía mucho por investigar para penetrar en las complejidades de sus ideas. La economía política continuaba dando forma a sus pensamientos y la noción de la división del

²² Darwin (1981), Vol. 2, p. 404.

²³ *Ibid.*

trabajo lo ayudó a entender la divergencia (la diferenciación de un rango de nuevas especies como opuestas a la simple sucesión de una especie por otra). Se mantuvo atento a la información relevante para la evolución humana, como la comparación entre los instintos humanos y animales. Cuando finalmente estaba por imprimir el *Origen de las especies*, Darwin tuvo grandes dificultades en argumentar que la selección natural podía explicar los instintos dado que se creía popularmente que estos ejemplificaban el diseño en la naturaleza. En otra parte del *Origen de las especies*, remarcó que “la psicología se basará en un nuevo fundamento, el de la adquisición necesaria de cada capacidad y poder mental por gradación. Se echará luz sobre el origen del hombre y su historia”.²⁴

Luego de una década de debate sobre la evolución, Darwin comenzó la ardua tarea de convertir sus notas y pensamientos sobre el hombre en un libro. La aceptación amplia de la evolución de los animales y las plantas, lo animó a pensar que un reconocimiento público de su posición sobre la naturaleza humana no perjudicaría su causa. No quería que nadie impugnara su integridad y lo acusaran de ocultar sus ideas, aunque pensaba que su nuevo trabajo “contiene hechos difícilmente originales sobre el hombre”.²⁵ En el trabajo sobre la evolución humana también siguió en detalle dos tópicos que le interesaban mucho, la selección sexual (la selección preferencial de la pareja como una causa de selección reproductiva y de ahí de evolución) y la expresión de las emociones. Fue difícil para Darwin darle forma a su argumento, y *El origen del hombre* nunca logró la intensidad o el orden sobre sus materiales que hizo del *Origen de las especies* un libro tan persuasivo. Su argumento fue necesariamente indirecto dado que no había registro de la evolución humana. Sostenía que si el *Homo* difiere de los animales, por ejemplo en inteligencia, en grado y no en clase, entonces es plausible creer en la evolución humana. Su estrategia era, por consiguiente, comparar sistemáticamente al hombre y al animal desde el punto de vista corporal y de las capacidades mentales. El resultado fue el antropomorfismo: leía en la naturaleza animal lo que es característico de la naturaleza humana, luego usó lo que encontró en la naturaleza animal para confirmar la continuidad entre humanos y animales. Sus oponentes, por el contrario, definían lo que era el ser humano en términos de características tales como el alma moral, que los animales por definición no poseían. De este modo, el argumento de Darwin era intrínsecamente antipersuasivo para ellos. No obstante, hacia 1871, muchos –excepto aquellos que estaban comprometidos con creencias religiosas dogmáticas– aceptaban la evidencia de la evolución corporal del hombre.

El origen del hombre comenzaba con una comparación física entre el hombre y los animales, y enviaba a los lectores a constatar si amigos y parientes tenían puntos en sus orejas. Esta era una base relativamente familiar y no controversial; por ejemplo, en los años 1860, había una literatura científica y una popular sobre lo que, en Occidente, era el nuevo gorila descubierto, y mucho entusiasmo derivaba de la comparación con el hombre. En los dos capítulos siguientes, Darwin comparaba las facultades mentales de los animales y de los humanos. Como Spencer, Darwin argumentó que había capacidades o facultades heredadas, y mostró cómo estas facultades –incluyendo el lenguaje, el sentido moral y la inteligencia– estaban presentes en los animales, aunque de una forma elemental.

Sin embargo, la diferencia entre la mente del hombre y de los animales superiores, tan grande como es, es ciertamente de grado y no de clase. Hemos visto que los sentidos y las intuiciones, las variadas emociones y facultades, tales como el amor, la memoria, la atención, la curiosidad, la imitación, la razón, etc., de las cuales el hombre presume, pueden ser encontradas en una condición incipiente, e incluso a veces de una forma bien desarrollada, en los animales inferiores.²⁶

²⁴ C. Darwin, *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*, ed. J. W. Burrow (1º edición reimpresa, Harmondsworth: Penguin Books, 1968), p. 458.

²⁵ Darwin (1981), Vol. 1, p. 3.

²⁶ *Ibid.*, p. 105.

La razón y el lenguaje eran cruciales para los críticos de Darwin. En su abordaje de la evolución de estas facultades, Darwin confiaba, como Spencer, en el análisis de la mente cuyo contenido había rastreado hasta la experiencia. Mostró el origen de la inteligencia en el aprendizaje a través de la experiencia sensorial, y el origen del lenguaje en los llantos expresivos sobre esa experiencia. Esto no favoreció el tratamiento más profundo de las cuestiones que plagaban el análisis de la razón, la conciencia y el significado lingüístico (o semántico). Pero lo que sí hizo, como lo hizo también el trabajo de Spencer, fue señalar el estudio comparativo de los animales y el estudio del desarrollo de los niños como la ruta hacia una ciencia de la psicología. La teoría de la evolución puso en el centro de la escena estos temas, que a menudo habían sido intereses marginales e incluso a veces más allá de la dignidad de los hombres cultivados, dado que no se ocupaban de las formas superiores de razón. Darwin mismo publicó sus observaciones de su hijo mayor, William, como bebé. Este cambio de dirección en la investigación psicológica fue muy significativo en el siglo XX.

El sentido moral recibió un tratamiento especial y separado: después de todo, Darwin era un Victoriano: “Suscribo totalmente al juicio de los escritores que mantienen que todas las diferencias entre el hombre y los animales inferiores, el sentido moral o la conciencia, es de lejos la más importante... Es el más noble de todos los atributos del hombre...” Negó tener capacidad para enfrentar tales cuestiones “profundas”, pero luego discutió audazmente el tema porque “nadie lo ha abordado exclusivamente desde el lado de la historia natural”.²⁷ Este abordaje era precisamente lo que sus oponentes no permitirían: por un lado, colapsaba la distinción entre cultura y naturaleza. La discusión de Darwin fue una contribución muy importante a la búsqueda de razones morales para la acción, en la naturaleza humana. Explicaba la existencia del sentido moral, la conciencia victoriana, por medio de la evolución imaginada de un animal social que también adquiriría alta inteligencia. Pensaba que los instintos sociales habían evolucionado porque las chances de un animal que reproducía su clase se incrementaban si cooperaba con animales como él en la búsqueda de alimentos o en la protección de sí mismo. Suponía que en el caso de los primeros animales humanos, la manada o los instintos familiares habían incrementado las chances de la supervivencia de los individuos que eran por sí mismos débiles físicamente. Pensaba que luego estos instintos habían comenzado a ser acompañados por inteligencia reflexiva, y esto causaba la comparación de las acciones pasadas con los resultados presentes, tales como la conducta egoísta impulsiva con el sufrimiento a largo plazo. Sugirió que esta comparación, acompañada por dolor, era la base de la conciencia. La inteligencia mientras tanto, argumentaba, hacía surgir al lenguaje, y la cultura compartida que el lenguaje hacía posible, y la conciencia por consiguiente llegó a ser reforzada por la costumbre incorporada en la opinión pública. Finalmente, la herencia de los patrones adquiridos de actividad reflexiva de una generación a otra, extendió las capacidades morales hasta un sentido moral completamente civilizado. Concluyó que era posible por consiguiente, que la actividad altruista hubiera evolucionado por selección natural, un proceso que a primera vista favorecía “la supervivencia del más apto”. En la visión de Darwin, sin embargo, la persona más apta era la que más contribuía al bienestar de la sociedad –y así contribuía a sí mismo. Este argumento intentaba reconciliar la regla de oro –actúa como quisieras que actuaran contigo– con una explicación de la utilidad de las acciones morales.

Los pensamientos sobre la moral ensayados por Darwin no brindaron una base con autoridad para la ética naturalista –la ética basada en lo que ocurre en la naturaleza. En realidad, gente que ha sido etiquetada como “darwinista”, llegó a conclusiones completamente diferentes sobre qué instintos morales hereda el hombre. El primo de Darwin, Francis Galton, por ejemplo, creía que el progreso requería condiciones a ser creadas, en las que los individuos con capacidades superiores innatas eran más altamente valorados que otras personas, especialmente cuando se refería a la producción de chicos. El anarquista utópico

²⁷ *Ibid.*, pp. 70-71.

Kropotkin argumentó que las personas, como los animales, tenían un instinto social y que ellas eran naturalmente altruistas; el progreso por consiguiente requería la supresión de las instituciones presentes para permitir la organización espontánea de la vida comunitaria.

Desde el comienzo, la teoría de la selección natural incluyó un elemento de comparación entre los reinos vegetal, animal y humano. Así como Darwin especuló acerca de cómo la selección natural podría haber producido las características particulares de los seres humanos, especuló también acerca de la selección humana como una fuerza que trabajaba en el mundo contemporáneo. Nunca dudó de que la selección *natural* continuaba siendo un factor relevante en su época –el ejemplo más obvio para Darwin y sus contemporáneos era la supremacía colonial blanca. En realidad, en la experiencia de Darwin, la evidencia directamente observable más clara de selección natural que estaba actuando, se encontraba en la actividad humana. Entre el viaje en el *Beagle* y la publicación de *El origen del hombre*, los indígenas de Tasmania se fueron extinguiendo (con la salvedad de que algunos se cruzaron con otras personas) o fueron matados –en un momento fueron literalmente cazados – y campesinos blancos se establecieron en sus tierras. Para Darwin y virtualmente para todos sus contemporáneos, este era un ejemplo de la lucha por la existencia. Darwin personalmente era liberal y humanitario, se oponía a la esclavitud y a la destrucción masiva de personas; pero no distinguía claramente entre la eliminación de la gente de Tasmania y los eventos naturales. Pensaba ciertamente que la lucha era importante para la evolución humana. “Bien puede dudarse acerca de si las más favorables [circunstancias para el avance] hubieran sido suficientes, si la tasa de incremento [de la población] no hubiera sido rápida y la consiguiente lucha por la existencia no hubiera sido severa a un grado extremo.”²⁸

Darwin dijo poco sobre el lenguaje y la cultura cuando discutió los orígenes de la moral humana. A diferencia de Wallace, su co-teórico acerca de la selección natural, no veía la evolución del lenguaje y la cultura como una revolución en el proceso evolucionista. Darwin pensaba que la selección natural continuaba operando en la sociedad contemporánea, aunque modificada por la costumbre, la ley, la moral y la religión. Wallace planteó, aunque apenas siguió, la idea profunda de que el advenimiento de la conciencia racional transfería el motor del cambio evolucionista desde la naturaleza hasta la acción humana consciente.

Había surgido un ser que no estaba más necesariamente sujeto al cambio con el universo cambiante –un ser que era en algún grado superior a la naturaleza, debido a que sabía cómo controlar y regular su acción... El hombre no solo escapó él mismo de la “selección natural”, sino que realmente es capaz de tomar algo de ese poder de la naturaleza que, antes de su aparición, ejercía universalmente.²⁹

Con esto sugería que, una vez que la mente y la cultura habían evolucionado, la evolución que ocurría ulteriormente era un acto *humano*. El argumento conducía –como sostuvieron los evolucionistas sociales que se analizan en la próxima sección– a que la cultura exhibía nuevas leyes de cambio, leyes que se encontraban en la sociedad humana y no en la naturaleza, y que requerían el estudio de la antropología, no de la biología.

Darwin nunca asimiló esta perspectiva y continuó pensando en la evolución humana en términos de la selección de características individuales, no en términos de la evolución cultural de las sociedades en las que las características individuales podían no ser importantes. Las posiciones no estaban claramente contrastadas en la época como este análisis sugiere –la primera generación de teóricos de la evolución, incluido Darwin, apenas abordó estas cuestiones– pero podemos ver aquí una de las fuentes del desacuerdo recurrente en las ciencias humanas acerca de la relación entre cultura y naturaleza en los asuntos humanos. El caso más claro de desacuerdo se refirió luego a la eugenesia, la política de reproducción selectiva para diferentes grupos, a la que se oponían los reformadores que pensaban los

²⁸ *Ibid.*, p. 180.

²⁹ A. R. Wallace, “The Origin of Human Races and the Antiquity of Man Deduced from the Theory of “Natural Selection”, *Journal of the Anthropological Society of London*, 2 (1864): clviii-clxx, p. clxviii.

problemas sociales desde las condiciones sociales. Los defensores de la eugenesia veían la continuidad entre la selección natural y la selección humana como agentes de la evolución; los defensores del cambio en las condiciones sociales veían la discontinuidad entre la selección natural y la reforma ética de la cultura.

Es peligroso leer demasiado en el breve comentario de Darwin. Sin embargo, debido a su estatus, tanto a fines del siglo XIX como a fines del siglo XX, como un referente para aquellos que creen que la evolución biológica es relevante para la vida política, está bien clarificar esta posición. Él no resolvió su propia ambivalencia filosófica y moral. A veces el trabajo de Darwin describió la evolución como consecuencia de leyes físicas sin ningún sentido o propósito intrínseco; en el lenguaje cotidiano, los hombres y las mujeres existen “por azar”. Otras veces, describió la historia humana como progreso, y creía que la evolución había hecho surgir de hecho el progreso moral y continuaría haciéndolo. Su abordaje de la evolución del sentido moral intentó reconciliar estas dos posiciones. Darwin no tenía casi nada que decir sobre la cultura ni acerca de la justificación de la descripción de la historia humana como progreso derivado de la cultura y no de la biología.

Había dos temas significativos más en la historia natural del hombre, realizada por Darwin. En *El origen del hombre*, esperaba aclarar la cuestión controvertida sobre el origen de las razas humanas y las diferencias raciales. Darwin creía que la teoría de la evolución era otro paso camino a la derrota de la creencia antigua de que la gente primitiva había degenerado de una condición más alta. Él y Wallace pensaban que estaba fuera de lugar y consideraban redundante el debate entre monogenistas y poligenistas sobre si todas las razas tenían un origen singular: desde la perspectiva evolucionista era una cuestión acerca de cuán atrás se miraba. Darwin tenía altas expectativas de que la selección sexual explicaría el origen de las diferencias raciales y de las características sexuales secundarias, como los rasgos del cabello o la fisonomía, las cuales aparentemente no tenían relevancia para sobrevivir. Pensaba que la selección sexual explicaba las características raciales así como explicaba la coloración de las mariposas. También usó la teoría de la selección sexual para sugerir cómo había evolucionado la actividad humana, por ejemplo, la apreciación de la belleza o el disfrute de la danza. En realidad, más de la mitad de su libro estaba lleno de evidencia de selección sexual entre los animales, el tipo de material que le era más familiar.

Darwin estuvo también fascinado con la expresión de las emociones, el estudio de lo que es un medio no solo retóricamente poderoso sino también preciso empíricamente de comparar personas y animales. Su argumento tuvo efecto. Él rastreó sus intereses en el tema hasta el trabajo del anatomista Charles Bell (1774-1842), cuyas láminas hermosamente gravadas exploraban “su idea, de que el hombre había sido creado con ciertos músculos especialmente adaptados para la expresión de sus sentimientos”, esto es, de que Dios diseñó la cara como la expresión exterior del alma interior.³⁰ Por consiguiente, con alegría Darwin comparó las expresiones humanas y de los animales – con dibujos de un perro gruñendo y un niño furioso– y sugirió la manera en que las expresiones eran explicables por la selección natural más que por los propósitos de Dios. *La expresión de las emociones* fue un estudio extenso de fisonomía, el arte práctico de leer el carácter humano que había fascinado a generaciones anteriores. En las manos de Darwin, este arte se convirtió en parte de la ciencia física que él conocía como fisiología. Llamó a su estudio fisiología porque sostenía que la expresión, como llorar o encoger los hombros, podía ser explicada por medio de tres principios generales, cada uno de los cuales era consecuencia de la organización fisiológica del cuerpo. Estos principios resumían las especulaciones de Darwin sobre las causas de las expresiones, que era: movimientos habituales adquiridos por la satisfacción o el alivio de sensaciones en el pasado –del individuo o de la especie; acciones involuntarias bajo la excitación de un marco opuesto de la mente; y movimientos que resultaban de un exceso de

³⁰ C. Darwin, *The Expression of the Emotions in Man and Animals* (reimpreso, Chicago: University of Chicago Press, 1965), p. 19.

energía nerviosa. Así, para ilustrar el último principio, una persona enojada sacudía y agitaba sus brazos. Darwin pensaba que las lágrimas eran un hábito adquirido por la especie a partir de la contracción de los músculos alrededor de los ojos y la congestión de los globos oculares por la sangre durante el dolor; y el dolor, o el pensamiento del dolor, conducía ahora a la amenaza de lágrimas. Su libro reúne descripciones de expresión animal y una masa de observaciones de niños, salvajes, lunáticos, actores y gente común, para construir un cuadro del animal humano emocional y su repertorio innato de expresiones. Se ocupó de la ansiedad, la desesperación, la alegría, el amor, la devoción, el malhumor, la cólera, el disgusto, la sorpresa, el miedo, la modestia, y otras más. El resultado, una historia natural de fisiognomía, puso la vida humana firmemente en el reino de la explicación fisiológica. Observó la conducta humana desde afuera y correlacionó la expresión con los músculos, no con los significados mentales.

Este estudio sistemático fue luego admirado como un trabajo pionero en etología, el estudio biológico de la conducta animal, y como una anticipación de una psicología que observa la vida humana como la exhibición de conducta con propósitos más que propósitos mentales. Fue el coronamiento digno del trabajo de Darwin en el cual las fotografías de lunáticos maníacos, un diario de su hijo joven, el trasero colorido del mono mandril en el despliegue sexual, la matanza de los indígenas, las tetillas masculinas, incluso la conciencia victoriana quejosa, todo era provechoso para su historia natural.

IV. La evolución social.

El hecho de que Darwin, el no creyente que retrató el hombre como un mono, esté enterrado en el corazón del estado cristiano en la Abadía de Westminster, es fuente de comentarios irónicos sobre el inglés. Su entierro fue un signo de la talla que la teoría de la evolución, y la comunidad científica para la cual era la bandera insignie, había adquirido en 1882. Esta talla no se debió solo a Darwin; también estaban los trabajos de Spencer y Wallace, entre otros. De hecho, gran parte de la perspectiva evolucionista acerca de la esfera humana se desarrolló independientemente de Darwin, y es difícil separar qué se debió a la biología, a la filología, a la historia y a la antropología en la creencia acerca de la evolución en las ciencias humanas. La refundición de historia y evolución en el marco explicativo para entender la naturaleza humana fue central en grandes áreas de las ciencias humanas hasta alrededor de la Primera Guerra Mundial.

Los capítulos anteriores describieron la riqueza del pensamiento histórico en el Iluminismo escocés, en la filología y el idealismo alemanes y en el positivismo comteano. En el mundo de habla inglesa, un nuevo ímpetu en la historia provino también en parte de una reacción en contra de un abordaje acartonado de la naturaleza humana en términos de placeres y dolores. Se sentía que las reglas deducidas de nociones abstractas, de la manera en que lo había hecho Bentham, iban en contra de la experiencia y del sentido común. En ensayista e historiador Thomas Babington Macaulay escribió en relación a la política:

Debemos examinar la constitución de todas esas comunidades en las cuales, bajo distintas formas, se disfruta la bendición de un buen gobierno; y descubrir, si es posible, en qué se parecen entre sí, y en qué difieren de aquellas sociedades en las que no se logra el objeto del gobierno.³¹

Macaulay dirigió su comentario a James Mill: él quería una experiencia histórica, práctica y comparativa de la naturaleza humana como opuesta a una ciencia abstracta de gobierno. Macaulay debió haber tenido en mente un tipo de estudio como la descripción contemporánea del gobierno y la sociedad en los Estados Unidos realizada por Alexis de Tocqueville, que fue

³¹ Citado en J. W. Burrow, *Evolution and Society: A Study in Victorian Social Theory* (reimpreso Cambridge: Cambridge University Press, 1970), p. 70.

también un comentario reflexivo sobre las implicancias del gobierno democrático para los valores culturales.

En las décadas de 1850 y 1860, Spencer y una generación de antropólogos que incluía a Lewis Henry Morgan (1818-1881), E. B. Tylor (1832-1917), John Lubbock (1834-1913) y Henry Maine (1822-88) equiparon el estudio comparativo de la sociedad antigua y primitiva con una base teórica –la teoría evolucionista. Supusieron que todas las sociedades exhibían un patrón de desarrollo común, que podía ser visto en el crecimiento de las instituciones como el gobierno, el matrimonio y la ley, y que las sociedades de Occidente eran la norma del progreso en desarrollo, con el cual otras sociedades podían ser comparadas. La teoría de la evolución parecía hacer racional la clasificación de cualquier sociedad o institución en una escala desde lo primitivo a lo avanzado; esta legitimaba el método comparativo como un abordaje de la interpretación de las creencias o costumbres exóticas; y daba sentido a la historia de la ciencia misma, en tanto igualaba ciencia con pensamiento racional y retrataba la manera en la que la ciencia evolucionaba desde la superstición primitiva y la religión. Transformó profundamente la creencia religiosa por medio del tratamiento de las creencias y las costumbres religiosas como evidencia de la etapa que había logrado un pueblo. Los antropólogos sugirieron que el cristianismo monoteísta, aunque avanzado como religión, era solo una etapa del progreso del hombre hacia la razón, tal como lo había sostenido previamente Comte. La antropología hizo de la religión un objeto de estudio científico y en el proceso alteró la autoridad que podían tener las mismas creencias religiosas. Justo antes de 1914, Durkheim realizó un tratamiento totalmente sociológico de la creencia religiosa, esto es, un estudio de la religión como una institución social más que como un conjunto de afirmaciones sobre la verdad.

Estas teorías sobre la evolución social, que se desarrollaron independientemente de Darwin, fueron especialmente fuertes en el mundo de habla inglesa. Se centraron en la descripción de las etapas de desarrollo, al nivel de la producción social y de las instituciones como la agricultura y la religión, para describir la evolución humana. En los países de habla alemana, también, la lingüística comparada y la academia histórica discernieron un orden por debajo de la diversidad humana y lo explicaron como progreso. Los académicos alemanes, sin embargo, se inclinaron más a buscar patrones de desarrollo interno como la causa del cambio. Veían un paralelismo entre el desarrollo de la mente individual, desde sentimientos infantiles hacia el pensamiento y la emoción maduras, y el desarrollo de la cultura. Los académicos entonces atribuían el desarrollo cultural al desarrollo de cualidades mentales universales. Este abordaje de la antropología fue mencionado en un capítulo anterior, en relación con el trabajo de Waitz y Bastian. Dentro de esta antropología, se aceptaba la herencia de las características adquiridas como el mecanismo de la evolución biológica, dado que los efectos de la actividad mental parecían ser hereditarios, y esto apoyaba la creencia en la existencia de fuerzas direccionales en la naturaleza, incluso en el siglo XX. En realidad, había muchos abordajes evolucionistas del pasado humano y una buena cantidad de elaboración confusa e incluso fantástica de lo que se suponía que había sido el pasado. A fines del siglo XIX, el carácter especulativo de la perspectiva evolucionista la desacreditó ante los académicos que ponían el rigor científico por encima de todo.

La escuela histórica alemana contribuyó a la idea de la evolución social en Gran Bretaña a través del trabajo de Maine sobre la jurisprudencia histórica. Maine desarrolló un abordaje evolucionista de la institución central que ordenaba la sociedad en su libro *El Derecho antiguo (Ancient Law)* (1861), que empezó como profesor de jurisprudencia, filología e historia en la Universidad de Cambridge, hacia 1850. Luego viajó a la India, como consejero legal de la administración británica, llevando consigo un marco establecido con el cual interpretó las formas no occidentales de orden social. Sostenía que las prácticas legales antiguas o primitivas eran inteligibles cuando se correlacionaban con un patrón evolucionista del desarrollo en sociedad. Escribió: “El compromiso que he seguido en [*Ancient Law*]... ha sido analizar lo real, como opuesto a lo imaginario, o a la historia de las instituciones de los

hombres civilizados, asumida arbitrariamente”.³² Su historia “real” relatava el detalle legal de la propiedad, el casamiento, la casta, etc, hacia un patrón supuestamente evolucionista; extrañezas y costumbres aparentemente arbitrarias adquirirían sentido cuando eran vistas como restos de etapas evolutivas más tempranas. Maine también fue un teórico político y estaba interesado en las condiciones que hacían que una sociedad fuera más abierta al cambio que otra y que sus instituciones fueran susceptibles de mayor evolución. Como casi todos los europeos del período, contrastó la apertura de Europa con las sociedades cerradas de la India y el Oriente.

Lo que Maine hizo sobre la ley antigua, otro abogado, J. F. McLennan (1827-81), lo hizo sobre el matrimonio. En su libro *Matrimonio primitivo (Primitive Marriage)* (1865), fue más lejos que Maine y reunió información histórica y evidencia antropológica de lo que veía como sociedades salvajes. Como se discutió previamente en relación a la idea de prehistoria, tales construcciones de lo primitivo a partir de la observación de personas presentes y pasadas fueron un aporte importante al pensamiento evolucionista. McLennan comenzó el estudio sistemático de los rituales de matrimonio, y detalló una evolución desde la promiscuidad primitiva hasta la poliandria y luego hasta la monogamia. La integración de lo primitivo pasado y presente fue tomado luego en el libro de Lubbock *Tiempos prehistóricos (Prehistoric Times)* (1865), que prestó especial atención a la prehistoria de Europa, y en los libros *Investigaciones en la historia de los orígenes del género humano (Researches into the Early History of Mankind)* (1865) y *Cultura primitiva (Primitive Culture)* (1871) de Tylor. Darwin tomó esta literatura en sus especulaciones sobre las primeras sociedades humanas en *El origen del hombre*. Tylor, cuando fue designado profesor adjunto en la universidad de Oxford en 1884, se convirtió en el primer profesor especialista en antropología en Gran Bretaña. Su abordaje de la cultura primitiva definió el campo de lo que llegaría a ser una antropología social como opuesta a una antropología física. El estudio de la religión estaba en el núcleo de su trabajo, el cual trataba la religión como una institución social en una etapa particular de la evolución. Exploró el animismo, la creencia de que hay fuerzas vivas en el mundo material, como una institución social primitiva que reflejaba la falta de avance en el conocimiento objetivo. Luego discutió la continuación de modos precientíficos de pensamiento como la astrología o la medicina popular a través de su descripción de los “sobrevivientes” de los modos primitivos de entendimiento. Pensaba que la historia evolucionista explicaba por qué tales creencias seguían existiendo aunque no tuvieran utilidad o contenido empírico. Tylor concluyó que el animismo era “una teoría altamente racional para los hombres en un estado de bajo conocimiento”, una especie de ciencia fallada, que conectaba eventos y emociones de un modo relativamente directo.³³ Suponía que el progreso hacia una ciencia verdadera se había logrado cuando las instituciones occidentales hicieron posible el crecimiento del conocimiento racional.

Darwin y los teóricos de la evolución social reforzaron la creencia en la superioridad europea justo en un momento en el que los países europeos y los Estados Unidos luchaban por el territorio en el resto del mundo. El imperialismo político, la cultura popular, el nombre de Darwin y la creencia en la evolución social se conectaron estrechamente. Esto se ilustra con las connotaciones de la palabra “salvaje” y “primitivo”, palabras usadas para describir ciertas personas vivas, el pasado de pueblos occidentales y la presencia continua, aun reprimida, del primer hombre dentro del hombre civilizado. El cuadro se enriquecía con la creencia en la recapitulación, o la ley biogenética de que el desarrollo individual desde la concepción hasta la adultez repite el desarrollo evolucionista de la especie. El psicólogo norteamericano G. Stanley Hall escribió en 1904: “La mayoría de los salvajes son niños en muchos sentidos, o bien, debido a la madurez sexual, más propiamente son adolescentes de medidas adultas.”³⁴

³² Citado en *ibid.*, p. 154.

³³ Citado en *ibid.*, p. 249.

³⁴ Citado en S. J. Gould, *The Mismeasure of Man* (reimpreso, Harmondsworth: Penguin Books, 1984), pp. 116-17.

Los salvajes, lo primitivo, la niñez y la sexualidad fueron vinculados por medio de leyes evolucionistas de la naturaleza y aparentemente no como categorías morales. Los opositores a la emancipación femenina usaban el mismo lenguaje, vinculando lo femenino con las dimensiones primitivas de la naturaleza humana.

Las teorías de la evolución social implicaron que el conocimiento racional, es decir, la ciencia misma, es un desarrollo evolucionista crucial en la cultura humana. En efecto, la civilización fue comparada con la adquisición de una mirada científica y los científicos fueron la personificación del progreso. El método evolucionista comparativo, fue uno de los medios a través de los cuales la sociedad Occidental construyó una teoría social de su propia naturaleza. Al mismo tiempo, esta teoría representaba el valor que el progreso tenía realmente en Occidente en tanto ley natural del desarrollo social. De este modo, los valores victorianos no fueron agregados a las ciencias humanas, sino que eran intrínsecos al marco de estas ciencias. Tylor concluyó *Cultura primitiva* con el comentario de que “la ciencia de la cultura es esencialmente la ciencia de un reformador”.³⁵ Desde esta perspectiva, la ciencia de la cultura era la etapa siguiente en el avance evolucionista del hombre occidental. Muchos científicos sociales en el siglo XX pensaron lo mismo. Había en esto mucho del Iluminismo: la ignorancia y la superstición se desvanecerían por la luz del día científico.

V. Explicaciones funcionales.

Desde la época de Platón, los filósofos habían vinculado las comunidades humanas con organismos y habían llamado la atención acerca de las dependencias mutuas, el orden y la acción unificada de la existencia civilizada y de los animales por igual. Saint-Simon, Comte y Spencer completaron la comparación con nuevas ideas sobre lo que otorga organización a los animales. Spencer entonces reelaboró la organización como adaptación producida a lo largo del tiempo, y sostuvo que la teoría de la evolución explicaba incluso los sistemas integrados más complejos en términos de leyes naturales. Desde esta perspectiva, entender un sistema complejo, como el mundo social, era mostrar cómo sus partes habían evolucionado a través de la interacción entre sí de modos que habían sostenido la vida como un todo. El pensamiento psicológico y sociológico a fines del siglo XIX adoptó fundamentalmente esta perspectiva, siguió el liderazgo de Spencer, e, inspirado en la teoría de la evolución, intentó entender la vida individual y social a través de la forma en que las partes sirven a los todos organizados. Esta fue la orientación básica que se llamó funcionalismo.

La explicación en términos de función tuvo una importancia primordial en los Estados Unidos, en donde la psicología y la sociología se desarrollaron como disciplinas. Pero el compromiso con las explicaciones funcionales no se restringió a Norteamérica –como lo atestiguan Emile Durkheim en sociología, Bronislaw Malinowski (1884-1942) en antropología y Alfred Marshall (1842-1924) en economía. Las ciencias humanas con explicaciones funcionales tuvieron sus raíces en la teoría de la evolución, pero a principios del siglo XX hubo un intento autoconsciente de imponer estándares rigurosos y de demarcar la ciencia real respecto de la pseudociencia. Los nuevos compromisos disciplinarios descartaron reconstrucciones evolucionistas especulativas del tipo que se ensayaron en la generación de Spencer y sostuvieron en cambio análisis de la función de las partes en todos directamente observables en el presente –personas o animales en laboratorios, sociedades avanzadas o primitivas existentes. Malinowski, por ejemplo, enseñó Antropología en la *London School of Economics* en la década de 1920 como una ciencia fundada en lo que podía observarse en pequeñas escalas realmente existentes de sociedades. El método de la ciencia era la observación realizada por los trabajadores de campo que dejaban de lado los prejuicios para ver cómo funcionaba de hecho una sociedad. Los antropólogos describían instituciones como el parentesco a fin de explicar cómo las relaciones entre las personas sostenían el orden social

³⁵ Citado en Burrow (1970), p. 254.

como un todo. Los propios estudios de Malinowski sobre los isleños de Trobiand, islas a la altura de la costa de Nueva Guinea, establecieron el paradigma de la buena práctica, aunque una generación posterior llamó la atención sobre el contraste entre lo que él publicó y lo que escribió en sus diarios cuando observaba esa gente.

En el siglo XX, había mucho más puestos de trabajo en psicología y sociología en los Estados Unidos que en otros lugares, y –especialmente después de 1945– hubo una fuerte influencia americana en la ciencia europea que reforzó un compromiso amplio con la explicación funcional. También hubo relaciones entre el pensamiento funcionalista en la esfera humana y una cultura política, dominada por los Estados Unidos, que identificaban el interés común con los intereses del capital corporativo. Valores políticos apoyaban la idea de que la actividad de las partes de la sociedad debía ser entendida en términos de la contribución de las partes a la eficiencia económica del todo, medida a través del bienestar económico y la productividad del todo. Los análisis funcionalistas se convirtieron incluso en la práctica estándar en las ciencias de la organización: el personal y la producción eran evaluados a través de los criterios de eficiencia, de las partes al todo. Las discusiones políticas enmarcaron los problemas sociales en términos de la integración de la gente y de las instituciones, más que a través del planteo de preguntas sobre si había una meta común y qué forma debía tener. Significativamente, el deseo de cuestionar la orientación funcionalista, que fue particularmente fuerte en los años de 1960, acompañó un renovado interés en la teoría social de Europa continental, más en deuda con la filosofía que con la biología. Un interés renovado en la noción de ideología de Marx y la crítica de las ciencias sociales académicas en los años `60 llevaron a que se etiquetaran de “ideología” las ciencias de explicaciones funcionales. Los sociólogos críticos dirigieron luego sus preguntas hacia cómo la creencia científica sobre la sociedad se relacionaba con la sociedad misma en uno de los puntos más ricos del crecimiento de las ciencias humanas.

El compromiso con las explicaciones funcionales fue especialmente llamativo en la psicología de Estados Unidos a fines del siglo XIX. Los americanos tomaron muy en serio los principios evolucionistas de continuidad y utilidad. Anteriormente, los filósofos cristianos habían concebido el alma como un agente con cualidades cognitivas, morales y espirituales, cualidades que contrastaban mucho con las de naturaleza material. Locke y quienes lo siguieron en rastrear el contenido de la mente hasta la experiencia, interrumpieron esta posición debido a que correlacionaron los procesos mentales con circunstancias materiales. La fisiología y la medicina presionaron para que los análisis se hicieran también en esa dirección. Los teóricos evolucionistas hablaban de la mente como el resultado de la historia de la naturaleza. Sostenían que entender la mente era determinar su lugar en la historia de la naturaleza, o bien, en lenguaje de Spencer, en “el continuo ajuste de las relaciones internas a las relaciones externas”.³⁶ Este argumento era notable también porque comparaba fenómenos etiquetados como “mentales” con fenómenos etiquetados como “físicos” como funciones de los mismos sistemas naturales complejos –animales o humanos. A la luz de la teoría de la evolución, parecía posible reformular el problema filosófico de las relaciones de la mente con el cuerpo como un problema empírico sobre la relación pasada y presente de niveles de complejidad en las funciones naturales. De la misma forma, parecía posible reformular el problema de la relación entre naturaleza y cultura humana: la cultura podía volverse a describir como la etapa última, más compleja y humana de la evolución de los todos organizados de la naturaleza. Así como Marx redireccionó la atención desde las creencias concientes de las personas hacia las estructuras económicas que hacían que esas creencias pudieran ser sostenidas, y así como Freud redireccionó luego la atención desde la conciencia hacia los determinantes inconscientes de la acción, de la misma forma las explicaciones funcionales dirigieron la atención desde los informes subjetivos sobre los significados concientes de los eventos hacia las funciones objetivamente observables de las acciones.

³⁶ Spencer (1970), p. 374.

Estos argumentos tuvieron una significación profunda para el siglo XX. En términos cotidianos, sin embargo, las perspectivas abstractas sobre la función de la cultura en la evolución o la actividad mental en la vida humana se tradujeron en trabajo empírico detallado. Este trabajo dio forma a una nueva psicología comparada y del desarrollo, que incluyó estudios de animales y niños, más que el análisis de la mente adulta racional. James Mark Baldwin (1861-1934), quien fundó la *Psychological Review* (junto con James McKeen Cattell) y quien dirigió laboratorios de psicología en la universidades de Toronto, de Princeton y luego en la John Hopkins, escribió en 1894: “La nueva concepción funcional pregunta cómo actúa la mente como un todo, y cómo esta única forma de actividad se adapta por sí misma... Se mira la mente como habiendo crecido hasta llegar a ser lo que es, así como el hombre ha crecido desde el niño, y así como el lugar que el hombre ha llegado a tener en la escala de la existencia consciente”.³⁷ La psicología funcional se ocupaba de lo que la gente *hace*, de cómo se comportan en el mundo en el que viven, más que de lo que ellos piensan. Fue un abordaje valorado por los psicólogos que querían trabajar con animales, dado que es difícil que se pueda preguntar a los animales sobre sus pensamientos. En muchos textos de psicología a fines del siglo XIX, como los escritos por los psicólogos y filósofos británicos James Ward (1843-1925) y G. F. Stout (1860-1944), la psicología era definida como el estudio de la conciencia, esto parecía convertir el estudio de los animales, o de los bebés, en irrelevante. La teoría de la evolución en general, y la explicación funcional en particular, fomentaron una idea diferente acerca de lo que debía ser el objeto de estudio de la psicología. Esta última idea, que hizo posible tener una psicología sobre los animales, se convirtió en dominante cuando los psicólogos norteamericanos quisieron que la psicología fuera una ciencia natural. La adopción de las explicaciones funcionales, que no decían nada sobre la conciencia, brindó los medios. Baldwin también llevó al conductista John B. Watson a John Hopkins, y Watson, inicialmente psicólogo de animales, redujo toda la psicología al estudio de las funciones del comportamiento. El compromiso fue también eminentemente práctico en un contexto social en el cual no se hacía ninguna demarcación clara entre la descripción y la prescripción de una integración del individuo en el todo social. Cuando ellos dirigieron su atención a los procesos adaptativos de la mente y el comportamiento, los psicólogos pudieron ser persuasivos acerca de que ellos podrían brindar respuestas a los problemas humanos y sociales. Tal como se discutió en los últimos capítulos, esto fue crucial para el crecimiento en gran escala de la psicología del siglo XX.

William James (1842-1910), el hermano mayor del novelista Henry James e hijo de una familia acomodada de Boston, fue una figura clave. Su vida intelectual y emocional fue una lucha para acomodar las verdades de la ciencia fisiológica y los ideales espirituales con la perspectiva evolucionista. Después de una educación inusualmente diversa, la mayor parte de ella en Europa y que incluyó la obtención de un título de médico, desde 1875 enseñó un curso de psicología en la Universidad de Harvard. Usó el libro *Principios de Psicología* de Spencer como libro de texto. James articuló la experimentación en psicología vigente en Alemania, la fisiología, la medicina y las formas funcionalistas de explicación derivadas de la teoría de la evolución. Ayudado por un estilo colorido y un uso vívido de la metáfora, produjo lo que para algunos psicólogos siguió siendo una pieza maestra de la materia, *Principios de psicología* (*The Principles of Psychology*) (1890). De allí en más, James se preocupó más por cuestiones filosóficas, y se volvió hacia la búsqueda de explicaciones funcionales a la luz de la teoría de la evolución en una teoría del conocimiento llamada pragmatismo. Su simpatía por la experiencia como una forma de verdad si actuaba como una guía de la vida –incluso si la experiencia involucraba creencias aparentemente acientíficas– lo condujo a los estudios de los fenómenos psíquicos (trabajó con la médium de Boston Mrs Piper) y a un gran estudio en psicología de la religión, *Variedades de la experiencia religiosa: Un estudio sobre la*

³⁷ Citado en J. M. O'Donnell, *The Origins of Behaviorism: American Psychology, 1870-1920* (New York: New York University Press, 1986), p. 168.

naturaleza humana (The Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature) (1902).

Hacia 1880, James contribuyó a un animado debate británico sobre los que significaba el principio evolucionista de la continuidad para la relación de la mente con el cerebro. Su posición contenía las semillas de gran parte de su filosofía posterior. Razonaba que si la actividad mental consciente era el resultado de un proceso de evolución, entonces, debía tener –como el plumaje de un pájaro o cualquier otro aspecto de un animal o planta– alguna función adaptativa. No debía ser correcto entonces tratar la conciencia como un epifenómeno, como una cualidad adventicia y de irrelevancia causal en la naturaleza. Este argumento también encajaba en la profunda necesidad personal de James de creer que sus elecciones, en realidad su vida, hacían una diferencia. Por lo tanto, se opuso a Huxley quien –llevado por el sonido de su propia metáfora– comparaba la conciencia con el sonido de una campana que era golpeada: “El alma permanece relacionada al cuerpo como la campana de un reloj con los trabajos, y la conciencia responde al sonido que la campana da cuando es golpeada.”³⁸ En su lugar, James suponía que la conciencia tenía consecuencias, y luchó, en una etapa, por describir esta cualidad de la conciencia como “intereses conscientes”, una dimensión intencional de nuestra vida consciente que marcaba una diferencia: “Los intereses mentales, las hipótesis, los postulados, en tanto son bases de la acción humana –acción que transforma en gran medida el mundo– ayudan a *hacer* la verdad que declaran. En otras palabras, una espontaneidad, un voto, son propios de la mente, desde su nacimiento en adelante.”³⁹ También describió esta cualidad de la conciencia como atención selectiva: “Pero hay una cosa que [la conciencia] hace... y que parece una peculiaridad propia; y que es, siempre elegir entre las múltiples experiencias que se le presentan... e ignorar el resto”.⁴⁰ James esperaba que fuera posible tomar seriamente los valores y propósitos humanos como fuerzas reales en el mundo natural y así, reinsertar los valores y los propósitos en la fábrica de la naturaleza de la cual habían sido sacados por la ciencia mecanicista. No fue totalmente contundente, pero sus argumentos contribuyeron a la importante nueva filosofía del pragmatismo, una forma de pensamiento en la cual el criterio de lo que era verdadero se establecía juzgando las consecuencias de una afirmación para nuestras acciones. Cualquiera fuera su filosofía, y aunque totalmente persuadido del poder de la ciencia natural, James alentó a pensar que la ciencia no destruía nuestra creencia en nuestra agencia consciente. Tanto él como otros psicólogos que usaban explicaciones funcionales argumentaban que una perspectiva evolucionista mostraba que el logro científico eran los medios adaptativos por medio de los cuales una humanidad consciente conducía el proceso cósmico hacia el bienestar del género humano. Esta fue la versión intelectual del Sueño Americano, el sueño de que todo era posible.

James no fue el único científico que sostuvo que la conciencia humana marcaba una diferencia en el proceso de la evolución. Este punto fue formulado previamente por Wallace, y otros dos psicólogos en los años 1890 retomaron el tema: C. Lloyd Morgan (1852-1936) y Baldwin. Morgan, quien llegó a ser rector en la Universidad de Bristol, era muy conocido por su filosofía de la evolución. Más tarde fue recordado porque se creía que él había provisto una psicología comparada de animales con un principio metodológico riguroso, “el canon de Lloyd Morgan”, cuyo objetivo era desarrollar explicaciones mecanicistas y eliminar la forma antropomórfica del argumento encontrado en el trabajo comparativo de Darwin. Morgan ciertamente fue alentado por la teoría de la evolución para emprender estudios comparativos. En un pasaje bastante citado, escribió: “en ningún caso una actividad del animal debe ser

³⁸ T. H. Huxley, “On the Hypothesis that Animals Are Automata and Its History”, en *Method and Results: Essays* (London: Macmillan, 1893), p. 242.

³⁹ W. James, “Remarks on Spencer’s Definition of Mind as Correspondence”, en *Collected Essays and Reviews* (London: Longmans, Green, 1920), p. 67.

⁴⁰ W. James, “Are We Automata?” en *Essays on Psychology*, intro. W. R. Woodward, *The Works of William James* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1983), p. 46.

interpretada como el resultado del ejercicio de una facultad psíquica más elevada, si puede ser bien interpretada como el resultado de una más baja en la escala psicológica”. Entendida en contexto, Morgan estaba argumentando a favor de la continuidad de las cualidades mentales en la evolución más que estableciendo la regla de que los psicólogos tuvieran que aceptar las explicaciones mecanicistas más simples, aunque muchos psicólogos interpretaron este pasaje en el último sentido. Morgan creía que los animales experimentaban “el uso efectivo de la conciencia de la cual eran herederos” y esa conciencia afecta el proceso de selección natural. Pensaba que la experiencia modificaba el comportamiento y el comportamiento era seleccionado. Sobre esta base, como Darwin antes que él y como Baldwin, asumió que los animales, incluso aquellos que se encontraban bajo en la escala evolucionista, poseían conciencia adaptativa. Morgan argumentó que “nuestras interpretaciones psicológicas son inevitablemente antropomórficas”, que la experiencia humana brindaba necesariamente los términos en los cuales entendíamos el comportamiento animal.⁴¹ De esta forma, el trabajo de Morgan, como el de James, ejemplifica el modo en el que la teoría de la evolución y el compromiso con la explicación funcional alentó descripciones de las cualidades mentales como fuerzas activas en la naturaleza.

El trabajo de otros dos filósofos y psicólogos se destacaron posteriormente por la calidad del argumento teórico, aunque apenas afectó la investigación cotidiana en la psicología de la época. El primero fue el artículo de John Dewey sobre “El concepto de arco reflejo en psicología” (“The Reflex Arc Concept in Psychology”) (1896), el cual redescubrió como un proceso la unidad central para el análisis mecanicista del sistema nervioso. Dewey (1859-1952) argumentó que los elementos estructurales del reflejo –sensación, integración central, movimiento– no eran distintos y que un entendimiento propio del reflejo descansaba en la descripción de su contribución a la adaptación del organismo como un todo. De la misma forma, pensaba que los elementos mentales no podían ser considerados independientemente de la actividad integrada de la cual eran parte –la acción que surgía de ellos y la acción a la cual ellos contribuían. En los años 1920 se hicieron críticas paralelas a los modos en que el análisis del comportamiento trataba luego al comportamiento como si consistiera en estímulos y respuestas unidos causalmente más que en un proceso continuo.

La segunda contribución fue una serie de artículos de George Herbert Mead (1863-1931). En “La Psicología Social como contraparte de la Psicología Fisiológica” (“Social Psychology as Counterpart to Physiological Psychology”) (1909), argumentó a favor de una psicología social simétrica con la psicología fisiológica, a partir del reconocimiento de que la actividad mental dependía por su contenido de su naturaleza social tanto como del cuerpo fisiológico. Mead atacó, en particular, la opinión vigente de que la imitación, basada en un proceso fisiológico, era el medio a través del cual los animales o los niños, llegaban a ser parte de un grupo. Él sostenía, en cambio, la existencia de un yo (*self*) en desarrollo y que el conocimiento de otros era una precondition de la imitación. Esta precondition resultaba de una interacción recíproca de estímulos y acciones, esto es, desde un proceso social previo a la diferenciación del *self*: “la conducta de una forma es un estímulo para otro de cierto acto, y... este acto otra vez se convierte en estímulo primero de una cierta reacción, y así sigue en una incesante interacción”. De este modo, “la conciencia del significado es social en origen” y “la conciencia reflexiva implica una situación social que ha sido su precondition”.⁴² Mead sugería que no tenía sentido que los psicólogos describieran su objeto de estudio, los estados mentales, como si fueran entidades con una existencia natural independiente del todo social dentro del cual, tal como él argumentaba, ellos eran procesos sociales, esto es, procesos evolucionistas humanos. Este argumento cambiaba la base sobre la cual luego se realizó la mayor parte de la psicología experimental, pero fue prácticamente ignorada.

⁴¹ Citado en A. Costall, “How Lloyd Morgan’s Canon Backfired”, *Journal of the History of Behavioral Sciences*, 29 (1993): 113-22, pp. 116, 115, 117.

⁴² G. H. Mead, “Social Psychology as Counterpart to Physiological Psychology”, en *Selected Writings*, ed. A. J. Reck (Indianapolis: Bobbs-Merrill, 1964), pp. 101-2.

Los artículos de Dewey y Mead ilustran cómo la atención a la teoría de la evolución condujo a nuevos abordajes de la mente; en realidad, ellos reemplazaron el lenguaje de “la mente” con un lenguaje que se refería a la actividad como un proceso y a las cualidades adaptadas o desadaptadas de la actividad. No era una coincidencia que tanto Dewey como Mead estuvieran familiarizados con la filosofía alemana, y con la teoría de la evolución británica, y con su abordaje de la mente a través del modo en que la mente se formaba en un proceso histórico. Dewey y Mead también tenían ideales sociales elevados y acudían a su propia ocupación académica para proveer liderazgo a medida que la sociedad evolucionaba y se adaptaba, tal como creían que sucedería, hacia una democracia iluminada. Dewey se convirtió en el filósofo de la educación de mayor influencia de su generación, primero como director del departamento de filosofía, psicología y educación, en la nueva Universidad de Chicago, y luego, a lo largo de tres décadas, en el *Columbia Teachers College* en Nueva York. Mead también estuvo socialmente involucrado en Chicago. Ulteriormente ganó una reputación retrospectiva como uno de los teóricos más productivos de una psicología genuinamente *social* (una reputación que luego fue discutida en relación a la disciplina de la psicología social).

Entre 1830 y 1900, el estatus de la evolución cambió de ser un destello en el ojo de historiadores naturales radicales a ser la *raison d'être* de la sociedad democrática progresista. Lo que en un nivel fue un debate sobre la evidencia empírica para el origen de las especies por medio de la descendencia con modificación, en otro nivel fue un debate acerca de con qué categorías entender qué significa ser humano. La perspectiva evolucionista alentó la explicación científica por medio de la referencia a funciones, y esto avaló en términos intelectuales un deseo de tomar la acción a favor de la adaptación futura de la humanidad. Los estudiantes de las ciencias humanas no creían en la evolución pero creían en la ciencia humana como la evolución en su etapa más elevada. Esta discusión teórica necesita ahora ser confrontada con un abordaje histórico acerca de cómo la psicología y la sociología se convirtieron de hecho en disciplinas institucionalizadas, aún cuando no lograran unidad de perspectiva, en el medio siglo anterior a 1914.